se deslizó como una culebra por ella, y ya dentro se levantó de repente, colocándose de un salto delante de la cama de campaña, y hundió el cuchillo en el pecho de la persona que allí descansaba.

XXXVI

Al día siguiente al amanecer, los tambores y las trompetas despertaron alegremente al *kraal*. Soldados y porteadores, en contra de su costumbre, abandonaron bien pronto sus camas de hojas.

La misma Walinda, tan indiferente hasta ese día á todo lo que pasaba alrededor suyo, estaba delante de su choza, los ojos fijos sobre las tiendas, esperando con impaciencia la salida de ellas de los Europeos.

El primero que salió fué el señor de Morin, después los señores de Pommerelle y Periéres, luego los dos doctores, un momento después la señora Poles, con una toilette capaz de volver locos á todos los habitantes de Gandokoro.

Dos tiendas permanecían inmóviles; las de la señora de Guéran y su marido, separadas entre sí por unos diez metros de distancia.

Por fin la tienda que no tenía bandera pareció agitarse, y en el momento en que el primer rayo del sol doraba su cima, se vió salir de ella, alegre, sonriendo, siempre encantadora, á la baronesa.

Walinda, al verla, exhaló un grito terrible, salvaje, lleno de espanto.

Otros gritos contestaron al suyo. José, que por orden de su amo había penetrado en la tienda del barón, vió á éste cubierto de sangre con un cuchillo clavado en el pecho.

Walinda se había equivocado; en lugar de dar matar á la mujer, había muerto al marido.

Ignoraba que la víspera por la noche, la señora de Guéran, temiendo para el enfermo la humedad de los pantanos que rodean á Gondokoro, había hecho que instalasen en su tienda á su marido, tomando ella para sí la que él ocupaba.

. . . . . .

Ocho días después de este acontecimiento, los Europeos fletaban dos *neggers* ó barcas que se usan en el alto Nilo, y en ellas navegaban; en una tercera barca más pequeña iba el ataud en que descansaba el señor de Guéran.

Antes de embarcarse, los Europeos se habían separado de toda la caravana, los cuales quedaron altamente satisfechos de la esplendidez de los expedicionarios; sólo Nassar, Omar y Alí les acompañaron hasta el Cairo.

Hacía sólo algunas horas que navegaban, cuando el señor de Morin creyó ver en medio del río un cadáver arrastrado por la corriente.

Saltó en un pequeño bote, remó hacia aquel lado, y con sorpresa reconoció que aquel cadáver era el de la reina Walinda. Aquel cuerpo espléndido, que la muerte había respetado aún, flotaba entre dos aguas iluminadas por los rayos del sol en su ocaso.

La reina, sin duda desesperada por no haber dado muerte á su rival, y sí al que ella amaba, había aprovechado la confusión y emoción que se había apoderado de todos al conocer lo ocurrido, para huir, y después de haber andado errante durante algunos días, se había precipitado al río.

Y muerta, seguía todavía á la caravana y á los despojos mortales de su amante.

Los Europeos llegaron á Khartoum á principios de Abril de 1874, y sólo se detuvieron para conferenciar con el coronel Chaillé-Long, jefe de Estado Mayor del general Gordon, y en cambio de las noticias que les dió de Europa, los señores Desrioux y Pommerelle le dieron informes interesantes sobre el país del Ganda y de su rey Mtiza, á quien este oficial iba á visitar.

Ningún incidente sucedió durante la larga bajada sobre el Nilo; cada uno vivía ensimismado en sus pensamientos; se aprovechaba aquella inacción, después de una vida tan activa y fecunda en peripecias, para reflexionar, coordinar las ideas y poner en orden las notas de aquel largo viaje: la única distracción que se permitían era la de admirar los nuevos países que se extendían á sus ojos.

La señora de Guéran vivía completamente retirada en una especie de cabina que se había construído en un extremo de la barca.

El doctor Delange había también perdido algo de su alegría, pues tenía sobre el corazón la muerte del señor de Guéran, y tenía siempre presente que el señor de Morin le había hecho responsable de aquella muerte, diciéndole: «Vuestro amor á las Africanas ha costado la vida de un hombre.»

En el Cairo se separaron de los últimos Nubienses, de las Sudaninas, de Nassar, y de los dos intérpretes Arabes. Todos aquellos fieles servidores, debieron acordarse largo tiempo de la magnificencia de sus amos.

La colonia europea, ya sola, se embarcó en Junio sobre un vapor de las Mensajerías marítimas, llegando á París pocos días después.

Allí tuvieron lugar nuevas despedidas; la señora Poles se despidió de sus compañeros, á los cuales había divertido alguna vez con sus exageradas ridiculeces, que se hacía perdonar por su bondad, su valor y abnegación. Al momento de separarse de los cuatro jóvenes á quien decía había amado con el mismo ardor olvidó que el preferido había sido Pommerelle, pues á todos abrazó con el mismo cariño.

Después de haber limpiado sus anteojos azules, empañados por algunas lágrimas, se separó de la señora de Guéran, muy agradecida, pues esta señora había asegurado su porvenir para que no tuviese ya que separarse de su amiga, de su confidente, de la única depositaria de sus famosas aventuras en medio de los Tonaregs.

El fiel José no se separa de su amo, por no poder vivir separado de él: diez veces al día. José, señalando á su amo, exclama:

—Véis ese hombre, los Arabes le iban á fusilar; yo le he salvado; los Niams-Niams que-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

rían devorarle; en fin, todos los hechos heroicos de su amo José se los apropiaba.

De esa manera se escribe muchas veces la historia, invirtiendo los papeles, y los grandes son comidos por los pequeños, ó mejor dicho, los hombres probos por los intrigantes.

Las diferentes sociedades geográficas de Europa rinden justicia á la expedición de Guéran; pues si bien acogieron en un principio con bastante reserva las notas remitidas por un explorador desconocido, como lo era el señor de Periéres, van á publicar oficialmente dentro de poco los descubrimientos hechos por él, y reemplazar sobre los mapas estas palabras: regiones inexploradas por los nombres de Domondous, Mallegas y Walindis. Además, todos los días algún nuevo explorador confirma aquellos descubrimientos; últimamente, durante el año 1876, el señor Gessi, teniente á las órdenes del general Gordon, descubría un segundo brazo, saliendo del Nilo, dirigiéndose hacia el Oeste, el cual, según dicen los indígenas, se reune al gran río cerca de Gondokoro. Es el mismo que el señor Desrioux descubrió y señaló en 1874.

. . . . . .

Diez y ocho meses han transcurrido, y la señora de Guéran ni deja de llevar luto por su marido, ni habla de volverse á casar.

—Pero—decía un día de Morin á Delange:—¿por qué la baronesa no se casará con su querido doctor? ¡Se adoran! ¡es fácil comprenderlo!

—Amigo mío—contestó Delange,—Periéres me ha hecho la misma observación hace pocos días; pero se notaba en él, lo mismo que en vos, tanta amargura, que no he podido decir nada á la baronesa. Si os oyera, en lugar de pensar en casarse, desistiría de ello.

—¿Luego es por delicadeza, es por consideración hacia nosotros porque no se casa?

—Precisamente; como os profesa una sincera amistad, quiere que el tiempo cicatrice vuestras heridas.

—Le podréis decir que no tendremos el disgusto de conocer la época de su matrimonio. Porque nuestro primer viaje de exploración ha despertado en nosotros la fiebre de los descubrimientos; así es que hemos determinado marchar dentro de algunas semanas Periéres, Pommerelle y yo al Africa occidental, siguiendo el ejemplo de los hermanos Grandy. Vamos á seguir las orillas del Zaira, hacia el Norte Este, en la dirección del lago Tanganyika. Ya veis que nuestra determinación es seria. Por lo tanto, la señora de Guéran va á recobrar su libertad; vamos á viajar sin ella; puede, por lo tanto, casarse sin nosotros.

. . . . . .

Dos meses después de esta conversación, Laura de Guéran se llamaba la señora Desrioux. Los recién casados se retiraron á vivir en una villa situada á orillas del lago de Câme, cuyas pintorescas orillas les recordaban las del Albert-Nyanza.

De todos nuestros héroes, sólo quedaron en París el señor Delange y José. El primero es ya un médico serio, lo que no le impide,

cuando llegan las doce de la noche, sentarse en el círculo para hacer una partida de whist ó una partida de baccarat. El doctor se acuerda alguna vez todavía de las Africanas, confesando al propio tiempo que varias de sus clientes parisienses les son superiores.

José se mostró poco dispuesto á volver á Africa; el señor de Morin no ha querido insistir; pero, gracias á la generosidad de su amo, y á la venta de unos treinta dientes de elefantes, se ha constituído una pequeña renta, con la cual se encuentra el hombre más dichoso de la tierra.

En cuanto á nosotros, hemos terminado nuestra terea, y con ella este largo estudio, cuyo mérito es el de ser verídico, en cuanto á datos geográficos y costumbres africanas. Hemos querido demostrar una vez más á nuestros lectores que no somos especialistas. Y por eso les hemos llevado lejos de París, tratando de iniciarles en estudios laboriosos y descubrimientos interesantes, revelando los misterios de un nuevo mundo, poniendo en relieve el atractivo de lo desconocido.

FIN

Este tomo es el último de la serie que empieza por *La Sultana Parisiense*, sigue con *La Fiebre de lo Desconocido* y concluye con La Venus Negra.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.